

Curso de Teología Ministerial

Guía de Estudio Fundamentos de la Oración

Fernando Alexis Jiménez



Instituto Bíblico Ministerial
www.institutobiblicoministerial.com

CONTENIDO GENERAL

	Página
A orar se aprende orando (Introducción)	3
Pedir y recibir, un principio de la oración (Lección 1)	6
La oración: entrada a la dimensión sobrenatural de Dios (Lección 2)	11
¿Cómo y por qué pedir en el Nombre del Señor Jesús? (Lección 3)	15
Seis pasos para que lo imposible se haga posible (Lección 4)	19
¿Qué papel juega la oración en los milagros? (Lección 5)	24
La oración para enfrentar los enemigos (Lección 6)	28
Cruzando las fronteras de la fe (Lección 7)	32
Perseverar en oración, clave para los milagros (Lección 8)	35
Dos disciplinas valiosas: El ayuno y la oración (Lección 9)	40
Oraciones elevadas, respuestas recibidas (Lección 10)	46
¡Es tiempo de orar! (Conclusión)	53

A orar se aprende orando (Introducción)

De la infinidad de recuerdos agradables que conservo de mi lejana niñez, hay en particular uno que resultó inolvidable: El día que aprendí a manejar una bicicleta. Mi padre compró una de marco grande, color negro, y me llevó a un campo. El primer paso, en todo el proceso, fue aprender a conservar el equilibrio.

Antes de poder mantener en control del pequeño vehículo me caí muchas veces. Frustrado, me levantaba y volvía a intentarlo. Lo hacía con la plena consciencia que muy cerca estaba mi padre, presto para ayudarme si necesitaba algo. Aprendí que sí se podía montar una bicicleta, pero que no aprendería con un Manual con agradables dibujos sino yo mismo intentándolo una y otra vez.

Igual ocurre con la oración. Podrán existir muchos libros sobre el tema, pero lo cierto es que, *a orar se aprende orando*. Un proceso que demanda ir una y otra vez a la Presencia del Padre celestial. Quizá al comienzo sintamos cansancio, o rápidamente creamos que se acabaron las palabras; no obstante, pronto y si perseveramos, desarrollaremos intimidad con Dios.

Tenga en cuenta que nadie nos enseñará a orar. Aprendemos a orar, orando, como escribe el evangelista, Luis Palau:

“...uno de los conceptos que solemos olvidar es que nadie puede enseñar a orar a otra persona. La oración es algo que yo tuve que aprender por mi mismo y que cada creyente tiene que aprender y practicar por sí mismo. Puedo compartir con usted promesas bíblicas, algunas de mis propias experiencias o experiencias de mis amigos, pero realmente no le puedo enseñar a orar. La oración es como la natación. Es algo que se hace en forma individual. Usted puede leer manuales sobre la oración, puede orar a otras personas y oír lo que esas personas dicen sobre las respuestas a sus oraciones, pero hasta que usted no empiece a orar no sabrá lo que en verdad es la oración. Para aprender a orar usted necesita empezar a orar. No demore un minuto más, si la oración todavía no es algo diario y emocionante en su vida. Se lo digo por experiencia.” (Luis Palau. “Cristo a las Naciones”. Editorial Unilit. EE.UU. 1988. Pgs. 198, 199)

El aprender a orar es una de las mayores inquietudes que en la cultura cristiana han tenido los creyentes. Leemos en las Escrituras que *“Aconteció que, estando Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: -Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos...” (Lucas 11:1)*

Probablemente usted de aquellos que han sentido frustración porque comenzaron a orar y pronto no encontraron nada más que decirle a Dios. Sus oraciones se circunscribieron a unos pocos minutos. ¿Le ha ocurrido? Probablemente sí. Creo— sin temor a equivocarme— que todos hemos vivido esa situación que en ocasiones puede resultar frustrante.

El apóstol Santiago hizo, en el primer siglo de nuestra era, una aseveración que me ha dado vueltas en la cabeza y sin duda a usted también: *“Aun cuando se lo piden, tampoco lo reciben porque lo piden con malas intenciones: desean solamente lo que les dará placer.” (Santiago 4:2, 3)*

Ahí estaba una de las muchas razones por las que los primeros creyentes creían que no recibían respuesta a sus oraciones, como también nosotros podemos pensarlo hoy. ¿Cuál es el centro del asunto? No sabemos orar.

Nuestro amado Salvador oraba, y bastante. Aprendió el secreto de la oración. *“Era Dios hecho carne”*, me dirá usted. No obstante, debemos recordar que estaba desarrollando su ministerio terrenal. Y vivió la experiencia, como debemos vivirla nosotros hoy.

En el Evangelio leemos que: *“Inmediatamente después, Jesús insistió en que los discípulos regresaran a la barca y cruzaran al otro lado del lago mientras él enviaba a la gente a casa. Después de despedir a la gente, subió a las colinas para orar a solas. Mientras estaba allí solo, cayó la noche.” (Mateo 14:22, 23. NTV)*

El Señor Jesús era disciplinado. No comenzaba ni terminaba jornada sin que hubiese oración en medio. Es lo que nosotros debemos hacer hoy.

Nuestro sincero deseo es que el material que tiene en sus manos, resulte enriquecedor en su vida espiritual y desarrolle esa maravillosa disciplina de ir a la Presencia del Señor, siempre.

EJERCICIOS PARA REFORZAR LOS CONOCIMIENTOS

Todo proceso de aprendizaje se refuerza con la revisión de los apuntes personales, pero, también, repasando principios que nos ayudarán a tener una mejor fundamentación. En ese orden de ideas le animamos a desarrollar los siguientes ejercicios:

1.- ¿Por qué muchas personas no reciben respuesta a sus oraciones de acuerdo con el pasaje de Santiago 4: 2, 3?

2.- ¿Cómo comenzaba y concluía sus jornadas el Señor Jesús? Lea Mateo 14: 22, 23 para encontrar la respuesta:

3.- Como estudiante que se forma para un desenvolvimiento ministerial, ¿Cuánto tiempo pasa diariamente en oración?

Pedir y recibir, un principio de la oración (Lección 1)

¿Por qué no recibimos milagros, bendiciones, orientación y el enorme abanico de beneficios que nos corresponden como hijos de Dios? La respuesta es sencilla: porque no oramos a Dios. No nos acercamos a Él para pedirle, y quien no pide, no recibe tal como enseñó nuestro amado Salvador Jesucristo: *“Así que les digo, sigan pidiendo y recibirán lo que piden; sigan buscando y encontrarán; sigan llamando, y la puerta se les abrirá. 10Pues todo el que pide, recibe; todo el que busca, encuentra; y a todo el que llama, se le abrirá la puerta.”* (Lucas 11: 9, 10)

Pedir y recibir, la ruta que debemos seguir para movernos en la dimensión sobrenatural del Señor. Cuando tenemos claro este aspecto, no podemos explicarnos porque tantas y tantas personas que podrían ver resuelta su situación personal, espiritual y material, siguen sumidos en la ruina y el fracaso cuando bastaría que volvieran su mirada al Señor y le pidieran.

Imagine por un instante que usted se aloja en un buen hotel. Pero al llegar a la ciudad, comprueba que sólo tiene el dinero necesario para pagar el costo del alojamiento. ¡Algo ocurrió y está sin dinero! Así es que –por los siguientes tres días– se dispone a aguantar hambre porque no tiene más.

Al final de su estadía que ha resultado desastrosa, el empleado del hotel le dice: *“Extrañé que no vino a tomar sus alimentos. Ni desayuno, ni almuerzo ni cena, ¿qué pasó?”* Usted se le queda mirando y algo incrédulo le pregunta: *“¿Acaso tenía derecho a todo eso?”*. Y el hombre le responde: *“Por supuesto, así lo dice el contrato. ¿No lo leyó acaso?”*.

Igual con la vida cristiana. Las Escrituras dicen que, si pedimos, recibimos. La decisión de seguir como hasta ahora es nada más que nuestra, porque podríamos recibir las enormes bendiciones que el Señor nos tiene reservadas. Basta que le pidamos.

DIOS RESPONDE A NUESTRAS ORACIONES

Si hay algo maravilloso en nuestra vida de cristianos, es saber que Dios responde a nuestras oraciones. Basta que echemos una mirada a las Escrituras para comprobarlo. Simplemente, asumir esas bendiciones que se derivan de pedir y recibir.

En un momento de crisis para Israel, Dios utilizó al profeta Jeremías para transmitirles ese mensaje. Les dijo: *“Mientras Jeremías aún estaba detenido en el patio de la guardia, el Señor le dio un segundo mensaje: «Esto dice el Señor, el Señor que hizo la tierra, que la formó y la estableció, cuyo nombre es el Señor: pídemelo y te daré a conocer secretos sorprendentes que no conoces acerca de lo que está por venir.» (Jeremías 33:3. NTV)*

Por favor, lea el texto de nuevo. Dios promete que, si le pedimos, responderá e incluso va más allá: nos mostrará aquello que nos resulta imposible de ver a primera vista.

Quizá su hogar está en crisis. Lo ha intentado todo, pero nada resulta: ni la conciliación, ni el diálogo y menos, procurar ignorar la situación. O quizá son sus hijos: tiene dificultades sin resolver con ellos. Si se lo pide, Dios le mostrará lo que en verdad está ocurriendo y cuál es el camino que debe seguir. Él es un Dios que nos ama y responde a nuestras oraciones. Tenga presente que Él es un Dios de poder.

EN MEDIO DE LAS PRUEBAS, DIOS NOS ENSEÑA

El trato de Dios es muy especial. Él sabe cómo pulirnos. Conoce qué áreas deben ser modificadas. Él sabe cómo, cuándo y de qué manera obrar en nuestro ser.

El profeta Zacarías habló al pueblo de Israel cuando un buen número de ellos estaban sufriendo las consecuencias de la incredulidad y la rebeldía.

Contrario a lo que pudiera pensarse, el mensaje resultó alentador para ellos: *“A este último grupo lo pasaré por el fuego y los haré puros. Los refinaré como se refina la plata y los purificaré como se purifica el oro. Invocarán mi nombre y yo les responderé. Les diré: “Este es mi pueblo”, y ellos dirán: “El Señor es nuestro Dios”». (Zacarías 13:9. NTV)*

Como Dios nos ama, a través de la aparente espera trata con nuestra vida, y nos enseña a desarrollar **confianza** y **perseverancia**. Dos principios fundamentales si queremos movernos en la dimensión sobrenatural de Dios.

NO DEJE DE PERSEVERAR

Si anhela que sus oraciones tengan respuesta, tenga presente que es esencial que desarrollemos el principio de la perseverancia. Es muy sencillo, pero de suma importancia cuando anhelamos ver la respuesta de Dios a nuestro clamor.

El Señor Jesús ilustró este fundamento cuando enseñó:

“Luego utilizó la siguiente historia para enseñarles más acerca de la oración: «Supongan que uno de ustedes va a la casa de un amigo a medianoche para pedirle que le preste tres panes. Le dices: “Acaba de llegar de visita un amigo mío y no tengo nada para darle de comer”. Supongan que ese amigo grita desde el dormitorio: “No me molestes. La puerta ya está cerrada, y mi familia y yo estamos acostados. No puedo ayudarte”. Les digo que, aunque no lo haga por amistad, si sigues tocando a la puerta el tiempo suficiente, él se levantará y te dará lo que necesitas debido a tu audaz insistencia. » Así que les digo, sigan pidiendo y recibirán lo que piden; sigan buscando y encontrarán; sigan llamando, y la puerta se les abrirá. Pues todo el que pide, recibe; todo el que busca, encuentra; y a todo el que llama, se le abrirá la puerta. »Ustedes, los que son padres, si sus hijos les piden un pescado, ¿les dan una serpiente en su lugar? O si les piden un huevo, ¿les dan un escorpión? ¡Claro que no! Así que si ustedes, gente pecadora, saben dar buenos regalos a sus hijos, cuánto más su Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes lo pidan».” (Lucas 11:5-13. NTV)

Si dejamos de perseverar, quizá la respuesta vendrá. No que Dios espere que clamemos una y otra vez hasta respondernos, sino que hay ocasiones en que algunos factores parecieran separarnos del milagro o respuesta que esperamos.

Clamar y perseverar, dos elementos que son esenciales para quien se mueve en esa dimensión maravillosa del poder de Dios. ¿Por qué? Porque si hemos creído en un Dios de poder, para el cual nada hay imposible, es previsible que los hechos sobrenaturales se produzcan. Depende de usted y de mí que desarrollemos perseverancia hasta lograr aquello que le estamos pidiendo al Señor.

UN NOMBRE DE PODER

El Señor Jesús compartió con sus discípulos y nosotros hoy: *“Es cierto, pídanme cualquier cosa en mi nombre, iy yo la haré!” (Juan 14:14. NTV)*

Si vamos al Padre en oración, le recordamos que Su Hijo Jesús prometió que en ese Nombre tendríamos respuesta a nuestro clamor.

Cabe aquí recordar lo que enseña el autor y conferencista internacional, Charles Stanley:

“Dios nos insta a orar porque sabe que a menudo estamos atrapados en cárceles que construimos nosotros mismos. Cárceles que no tienen barrotes ni cerrojos porque son cárceles intelectuales, cárceles emocionales... Recuerde que la distancia más corta entre un problema y la solución, es la distancia que hay entre nuestras rodillas y el piso.” (Charles Stanley. “Trátelo con oración”. Editorial Vida. EE.UU. 1994. Pg. 9)

No dejemos de orar. Es esencial que lo hagamos. Nos lleva a recibir lo que pedimos y a caminar en esa dimensión sobrenatural que tanto anhelamos.

El paso más importante, en medio de todo el proceso, es que usted le abra las puertas de su corazón a Jesucristo. Es la puerta al proceso de crecimiento personal y espiritual que tanto ha anhelado, y que le permitirá moverse en la dimensión sobrenatural de nuestro amado Dios y Padre celestial.

EJERCICIOS PARA REFORZAR LOS CONOCIMIENTOS

Todo proceso de aprendizaje se refuerza con la revisión de los apuntes personales, pero, también, repasando principios que nos ayudarán a tener una mejor fundamentación. En ese orden de ideas le animamos a desarrollar los siguientes ejercicios:

1.- De acuerdo con el texto de Jeremías 33:1-3, ¿qué ocurre cuando clamamos a Dios?

2.- Si esperamos una respuesta de Dios a nuestras oraciones, ¿qué enseña el profeta Zacarías que debemos hacer? (Zacarías 13:9 b)

3.- De acuerdo con el pasaje de Lucas 11:9, 10, ¿qué ocurre cuando pedimos algo a Dios en oración?

4.- Lea por favor Lucas 11:5-12. De acuerdo con el pasaje, ¿por qué es importante la *perseverancia* al orar?

5.- ¿Qué prometió el Señor Jesús que haría si pedimos al Padre en Su Nombre? (Juan 14:14)

La oración: entrada a la dimensión sobrenatural de Dios (Lección 2)

Todos los seres humanos anhelamos adentrarnos en la dimensión sobrenatural de Dios. No es algo nuevo. Siempre ha estado presente en la historia del género humano. La mejor forma es a través de la oración. El Señor mismo nos enseñó que si clamamos a Él, Él nos responde (Jeremías 33:3).

Es una verdad que tiene cuatro fundamentos: El primero, es necesario buscar a Dios en oración; el segundo, la oración implica clamor; el tercero, Dios escucha nuestras oraciones, y el cuarto, Dios responde a nuestras oraciones.

¿Cómo podemos tener esta certeza de que Dios responde a nuestras oraciones? Nuestro amoroso Padre celestial lo dejó claro cuando, hablando al pueblo de Israel y a nosotros hoy, dijo: *“Les responderé antes que me llamen. Cuando aún estén hablando de lo que necesiten, ¡me adelantaré y responderé a sus oraciones!” (Isaías 65:24. NTV)*

Por favor, lea el texto de nuevo. Dios nos dice que aún no habremos hecho una petición, y si es conforme a Su voluntad, Él nos habrá respondido.

EL TRATO DE DIOS NOS PREPARA PARA LA DIMENSIÓN SOBRENATURAL

Recuerdo a un joven que procuraba respuestas rápidas de parte de Dios. “Pareciera que no me escucha”, se quejaba. Fue necesario recordarle que Dios tiene su propia forma de actuar, y que sus métodos no son los nuestros. Que Él es soberano y sabe cuándo y de qué manera respondernos.

El autor y conferencista, Charles Stanley, lo describe de la siguiente manera:

“...no hay prueba bíblica alguna de que Dios responderá positivamente a todas nuestras oraciones sólo porque estemos llevando una vida recta. Dios es soberano. Él tiene el derecho de decir que no, conforme a su infinita sabiduría, sin considerar nuestra bondad.” (Charles Stanley. “Trátelo con oración”. Editorial Vida. EE.UU. 1994. Pg. 11)

Nos equivocamos cuando pretendemos presionar a Dios. ¿Ha escuchado el testimonio de quienes le dijeron a Dios: *“Si me sacas de este apuro te serviré siempre”*?. Pues entiende uno que fue la misericordia del Señor la que obró el milagro, no el que la persona negociara con Dios. Igual ocurre con la oración.

Dios trata con nosotros, y es necesario que lo haga si deseamos que nuestras oraciones – muchas veces apuradas— tengan respuesta. Le invito a considerar lo que enseña el profeta, hablando en nombre de Dios:

“A este último grupo lo pasaré por el fuego y los haré puros. Los refinaré como se refina la plata y los purificaré como se purifica el oro. Invocarán mi nombre y yo

les responderé. Les diré: “Este es mi pueblo”, y ellos dirán: “El Señor es nuestro Dios”». (Zacarías 13:9. NTV)

Ahora, es necesario aclarar que el hecho de no ver respuestas inmediatas, deja entrever que hay pecado oculto en nosotros. Definitivamente no. Es cierto, Dios trata con nuestras vidas, pero, además, nos concede aquello que verdaderamente nos conviene.

¿Tiene soporte bíblico esta afirmación? Por supuesto que sí. Le invito a que leamos lo que enseña el apóstol Pablo:

“Y sabemos que Dios hace que todas las cosas cooperen para el bien de quienes lo aman y son llamados según el propósito que él tiene para ellos.” (Romanos 8:28. NTV)

Nuestro amoroso Padre celestial sabe de antemano qué nos conviene y qué no, de ahí que se tome su tiempo y responda conforme a Su voluntad. Es un hecho que debemos aceptar en nuestra vida espiritual.

ACEPTE LA VOLUNTAD DE DIOS

Hemos visto en reiteradas ocasiones que, si pedimos, Dios nos da. Cuando esa respuesta no es afirmativa, antes que indisponernos con el Señor debemos preguntar qué nos quiere enseñar con su amorosa negativa.

Recuerde que muchas veces que el amado Padre nos dijo no, era por nuestra conveniencia, no por causarnos perjuicio. ¿Por qué lo hace? Porque nos ama, y cuida de nosotros, como enseñó el Señor Jesús:

“Ustedes no me eligieron a mí, yo los elegí a ustedes. Les encargué que vayan y produzcan frutos duraderos, así el Padre les dará todo lo que pidan en mi nombre.” (Juan 15:16. NTV)

Pero hay algo más en el texto que le invito a considerar nuevamente, y es que las oraciones que elevamos delante del Padre, debemos hacerlas en el Nombre del Señor Jesús. Él responderá, es cierto, pero conforme a Su voluntad.

¿Qué ocurre si no queremos aceptar la voluntad de Dios? Que tácitamente habremos incurrido en *rebeldía*. Quien anda enojado con el Señor porque no le respondió inmediatamente, está en problemas porque su *rebeldía* le llevará a la *amargura* en el corazón.

Aquí le invito a considerar lo que nos enseña el autor y conferencista, Charles Stanley:

“...debemos recordar que la respuesta de Dios siempre es lo mejor de lo mejor para nosotros. Él que reclamemos un texto bíblico no hará que Dios cambie de planes, porque Su Palabra no puede contradecir su voluntad eterna. Si Él dice que

no, entonces la respuesta es no, y debemos aceptarla con obediencia.” (Charles Stanley. “Trátelo con oración”. Editorial Vida. EE.UU. 1994. Pg. 12)

En todo momento, cuando nos acercamos a Dios en oración, debemos tener en cuenta que Él nos ama y quiere lo mejor, y si nos niega algo, es porque no nos conviene. Téngalo presente siempre: ¡Dios es un Padre amoroso!

Mi sincero deseo es que le abra las puertas de su corazón a Jesucristo, y en segundo lugar, que desarrolle intimidad con el Señor en oración.

EJERCICIOS PARA REFORZAR LOS CONOCIMIENTOS

Todo proceso de aprendizaje se refuerza con la revisión de los apuntes personales, pero, también, repasando principios que nos ayudarán a tener una mejor fundamentación. En ese orden de ideas le animamos a desarrollar los siguientes ejercicios:

1.- ¿Qué podemos aprender cuando leemos Jeremías 33:3? Mencione al menos dos aspectos que le enseñe el texto.

2.- ¿Por qué podemos afirmar que –si hemos dispuesto nuestro corazón— Dios responderá incluso antes de pedirle? (Lea Isaías 65:24)

3.- Si deseo una respuesta oportuna de Dios, ¿qué es lo primero que debemos hacer?

4.- ¿Por qué podemos afirmar que Dios trata con nuestra vida antes de llevarnos a una dimensión sobrenatural? (Lea Zacarías 13:9)

5.- ¿Siente que sus oraciones no están siendo respondidas por Dios? ¿Se ha preguntado cuál es el motivo?

6.- ¿Es usted de las personas que ha aprendido a esperar en Dios, a que Él responda?

7.- ¿Por qué en algunas ocasiones Dios no responde a nuestras oraciones? (Lea Romanos 8:28)

8.- ¿Qué ocurre cuando no queremos aceptar la voluntad de Dios, es decir cuando Él no responde a nuestras oraciones?

¿Cómo y por qué pedir en el Nombre del Señor Jesús? (Lección 3)

Necesitaba un milagro. Que Dios le sanara de cáncer. Los médicos no le daban mayores esperanzas. Y fue lo que hizo Justine. Volvió su mirada a Jesucristo. Comenzó a pedirle. Primero con algo de desdago, después con desesperación. No pasaba un instante sin que trajera a su mente al Hijo de Dios. Padecía que Él hiciera algo especial. Y lo hizo.

Un mes después, cuando fue a cita con el especialista, le confirmaron que el mal había desaparecido. Es más, le pidieron sacarse dos veces más, nuevos exámenes. ¡Justine estaba sana!

Los cristianos podemos pedir cualquier milagro, y ocurrirá. Nuestro amado Señor Jesús lo anunció: *“Pueden pedir cualquier cosa en mi nombre, y yo la haré, para que el Hijo le dé gloria al Padre.”* (Juan 14:13. NTV)

Le ruego que evalúe detenidamente el texto. El amado Salvador no pone límites. Lo dice: *“Todo”*. Basta que pidamos en Su Nombre. Y si nos atenemos a que nos movemos en la voluntad de Dios, no hay límites para obtener lo que pedimos. ¡Dios lo hará!

El asunto es que los cristianos no recibimos más, porque sencillamente no pedimos. Nos resignamos a todo cuanto nos ocurre. Nos parece que está bien. No hacemos lo más mínimo para que las circunstancias cambien, a pesar de que el poder sobrenatural de Dios obra a favor nuestro.

El poder que se desata al creer en Dios, y pedir en el Nombre de Jesús cualquiera cosa que necesitemos, lo describe mejor el autor y conferencista internacional, Don Gossete, cuando escribe:

“Fue por medio de una petición de oración que me hicieron hace muchos años, que me pude a dar cuenta por primera vez de la autoridad del nombre de Jesús. Se me había pedido que orara por un niño que tenía tumores cerebrales y que había sido desahuciado y estaba en la fase terminal, de acuerdo a como lo diagnosticaron los especialistas del hospital Barnes, de San Luis, Missouri. Los padres trajeron este niño a Joplin, Missouri, donde estaba ministrando en esa época. En el nombre de Jesús reprendí esos tumores. No hubo cambio aparente inmediato. Sin embargo, cuando los padres lo llevaron de nuevo al hospital, les informaron— para su sorpresa y gozo —, que los tumores habían desaparecido. ¡No quedaba ni rastro de los tumores!” (Don Gosset. *“Avenida alabanza”*. Editorial Vida. Estados Unidos. 2002. Pg. 71)

Piense por un instante de cuántos milagros se está perdiendo en su vida. No que Dios no quiera hacer esos milagros, sino que usted no los ha pedido. Le recuerdo lo que enseña el Señor Jesús: *“Es cierto, pídanme cualquier cosa en mi nombre, ¡y yo la haré!”* (Juan 14:14. NTV)

El poder de Dios está disponible para usted, ahora. Si se atreve a pedirlo, Él hará algo especial. Usted podrá comprobarlo. Pida y recibirá de Dios.

¿Tiene temor de hacerlo? Entonces hay una barrera, de incredulidad, que todavía opera en su vida. Quien instiga estos temores es nuestro enemigo espiritual. Él quiere ponernos obstáculos para que recibamos bendiciones. ¡Derríbalo! ¿De qué manera? Mediante su fe en Dios. Puedo asegurarle que todo será diferente. El Señor Todopoderoso quiere moverse en su vida.

¿TOMAMOS LA PROMESA EN SERIO?

Nuestro Señor Jesús nos prometió que si pedíamos al Padre en Su Nombre, como Hijo, veríamos oportunas respuestas a nuestras oraciones. Lo más probable es que haya quienes tomen esta promesa como algo *figurado* y no *literal*.

Recordemos que nuestro amado Salvador reafirmó ese anuncio en otras dos ocasiones, como leemos en Juan 15:16 y Juan 16:23.

Pero algo más, le invito a considerar lo que dice el Señor Jesús: «*Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho*» (Juan 15:7).

Ahora, es evidente que todo cuanto pedimos debe estar en la voluntad del Padre, pero también queda claro que quizá no estamos pidiendo apropiadamente, que debemos pedir en el Nombre de Jesús, como Él mismo nos lo enseñó.

El mismo apóstol Juan escribió: «*Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho*» (1 Juan 5:14-15).

Por favor, tenga en cuenta una vez más: oramos pero reclamando que— cuanto pedimos— esté en la voluntad de Dios, y en segundo lugar, tener la certeza de que— si es en la voluntad de Dios —, lo que pedimos *ya está hecho en la dimensión espiritual* y debe manifestarse ahora en la *dimensión física*.

¿POR QUÉ EN EL NOMBRE DE JESÚS?

La pregunta que, con frecuencia, y al leer estos textos, nos formulamos es: ¿Por qué en el Nombre de Jesús? Y la respuesta es sencilla: Porque Jesús reafirmaba su Nombre y la validez de Su obra delante del Padre. Somos sus discípulos, e hijos de Dios por la obra que Él hizo. Y Él la dice al Padre: “*Padre, mira lo que está pidiendo uno de tus hijos*”. Su papel es esencial porque Él, nuestro amado Jesús, intercede por nosotros.

Permítame insistir en algo: el Señor Jesús fue enfático en explicar que, como sus discípulos, recibiremos de Él. Es un versículo que no podemos pasar por alto: “*No me elegisteis*

vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé.” (Juan 15:16)

¿Usted es consciente que es un soldado de Jesús, que en su condición de discípulo le sigue a Él? Si es así, resulta apenas natural que –si pedimos algo, en Su voluntad — , recibiremos.

Él no dejó muy claro cuando dijo:

“En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido.” (Juan 16:23, 24)

Es una certeza inamovible la que debe acompañarnos: No hemos pedido todavía algo grande al Padre, pero, además, si pedimos en el Nombre de Jesús, recibiremos.

Piense por un instante en el padre que ama a su hijo, y si ese hijo intercede por un amigo— quizá del barrio o de la escuela— y usted sabe que es buen chico, ¿no le ayudaría? Dios el Padre responde a las peticiones que elevemos en Su Presencia, en Nombre de Su Hijo Jesús.

EJERCICIOS PARA REFORZAR LOS CONOCIMIENTOS

Todo proceso de aprendizaje se refuerza con la revisión de los apuntes personales, pero, también, repasando principios que nos ayudarán a tener una mejor fundamentación. En ese orden de ideas le animamos a desarrollar los siguientes ejercicios:

1.- De acuerdo con (Juan 14:13, 14), ¿por qué debemos orar en el Nombre del Señor Jesús?

2.- ¿Qué nos lleva a pensar que esta promesa es una indicación *figurada* y no *literal*? (Lea Juan 15:16 y Juan 16:23).

3.- Le invitamos a leer Juan 15:16, ¿Qué aprendemos respecto del cumplimiento de las promesas de Dios cuando pedimos algo al Padre?

4.- ¿Cuál es el requisito fundamental para que Dios atienda nuestras oraciones? (Lea 1 Juan 5:14, 15)

5.- En la dimensión espiritual, ¿qué importancia tiene el que pidamos en el Nombre de Jesús?

6.- ¿Qué relación tienen las respuestas del Señor Jesús a nuestras peticiones y que nuestro gozo sea cumplido? (Lea Juan 16:23, 24)

7.- Lea por favor Hechos 4:12; Efesios 1:20-23; Filipenses 2:9-11 y Juan 20:31, y escriba qué importancia de acuerdo a esos pasajes, tiene el Nombre de Jesús...

Seis pasos para que lo imposible se haga posible (Lección 4)

La idea de recorrer la autopista en una vieja motocicleta, no solo asaltó a los dos abuelos sino que, tentados por la brillantez del aparato que a primera vista lucía en buenas condiciones, decidieron emprender el recorrido a toda velocidad hacia un paraje apartado, en Norteamérica.

La brisa golpeaba sus rostros generando una sensación de placidez. Conforme aumentaban el kilometraje, el color verde de los arbustos se mezclaba con el ocre de las montañas y el asfalto que se perdía en el horizonte, como si marcharan hacia el infinito.

Aquellos eran instantes de indescriptible emoción. Sin embargo, una piedra en el camino provocó que salieran de su carril y cayeran ruidosamente sobre el suelo pedregoso de las márgenes. El golpe los dejó sin sentido. Minutos después, cuando recobró la conciencia, la mujer comenzó a musitar una oración pidiendo la ayuda de Dios.

El lugar, además de distante, era poco frecuentado por vehículos. Aun así, un patrullero de la policía sintió en su corazón dirigir el vehículo hacia aquella carretera. No entendía bien la razón, pero lo hizo. Encontró a lo lejos a la pareja de ancianos tendidos en la orilla. Tenían heridas de alguna consideración. Los auxilió y pidió una ambulancia. Tardaría dos horas en llegar, lo que para el abuelo —todavía inconsciente— sería fatal. El agente musitó una oración al Señor: *“Jesucristo, respóndeme, sólo tú puedes ayudarlos”*.

“Fue coincidencia” aseguró el conductor de una ambulancia que, minutos antes había recibido una llamada que resultó ser falsa alarma y cuando pasaba a pocos kilómetros del accidente, captó el mensaje que transmitía el guarda, pidiendo un vehículo para transportar a los heridos. En poco tiempo estuvo en el lugar.

El oficial Samuel Mitchell, quien estuvo al frente del caso, atribuyó a un hecho milagroso el que se desviara de su ruta para atender la emergencia y lo que para los paramédicos fuera una *“coincidencia”*.

— *No hay duda que Dios intervino en todo el asunto*— explicó.

Sin duda usted se pregunta: ¿Cómo aseguramos respuesta a nuestras oraciones? El interrogante tiene respuesta en puntos que compartimos con usted:

1. RECONOZCA QUE DIOS OYE A SUS HIJOS

Cuando nuestra confianza está depositada en el Señor, no escucha y responde con poder. Es un principio infalible. Dios nos ama y quiere lo mejor para nosotros. En ese orden de ideas, si clamamos en procura de Su ayuda— conforme a Su voluntad— nos responde con poder.

La Biblia dice que nuestro amado Señor merece toda la alabanza *“Porque no menospreció ni abominó la aflicción del afligido, ni de él escondió su rostro; sino que cuando clamó a él, él le oyó” (Salmos 22:24).*

Podemos tener la firme convicción de que nuestras oraciones serán atendidas. Nuestro amado Padre está a acompañándonos en todo instante, incluso cuando nos sentimos solos, y nos ayuda a superar las crisis...

2. DEPOSITE TODA SU CONFIANZA EN DIOS

¿Sabe por qué razón muchas personas buscan ayuda entre quienes los rodean o tal vez la ciencia y no en Dios? Por tres razones, al menos: La primera, temen que no haya un poder que pueda cambiar lo inevitable; la segunda, porque consideran que su problema es tan grande, que nada ni nadie podrán ayudarlo; en tercer lugar, por considerar que el Señor está tan *“ocupado”* que no prestará atención a sus oraciones.

¡Cuán equivocados estamos! Nuestro Supremo Hacedor, no solo tiene el poder ilimitado para hacer cuanto quiera, sino que además está atento a nuestro clamor. En las Escrituras también leemos que *“Bienaventurado aquel cuyo ayudador es el Dios de Jacob, cuya esperanza está en Jehová su Dios” (Salmos 146:5).*

Dios quiere atender nuestros pedidos, el *“cuello de botella”* o impedimento para que esto no ocurra está en nosotros, que no buscamos Su rostro en oración, en procura de ayuda y de respuestas.

Para utilizar una expresión muy común en Latinoamérica, es hora de *“retar la fe”*, es decir, poner en práctica nuestras convicciones. Basta creer. No es otra cosa que caminar bajo la certeza de que no caeremos.

Imagine por un instante que se desplaza por la cuerda floja, lo hace porque tiene la certeza de que llegará al otro lado. Igual con su disposición de creer: simplemente tenga la tranquilidad de que el milagro que necesita vendrá.

3. ELIMINE TODA SOMBRA DE DUDA

Dios escucha sus oraciones tanto como las nuestras. No hay una razón para creer que, si alguien confía en el Señor, será escuchado menos que otra persona. Jamás olvide lo que señalan las Escrituras: *“...al que cree, todo le es posible”*

Creer es tener el firme convencimiento de que, absolutamente, nada nos impedirá recibir lo que estamos pidiendo al Señor. Él responde, que no quepa la menor sombra de duda. Si el enemigo viene con ideas encaminadas a tergiversar lo que significa confiar en el Señor, declárelas sin poder en el Nombre de Jesús y permita que prevalezca la fe. ¡Dios responde porque somos Sus hijos!

4. NO SE RESIGNE A LAS CIRCUNSTANCIAS

El diagnóstico inicial apuntaba a la urgencia de amputar su pie y rodilla izquierdos. La falta de irrigación sanguínea era irreversible por la obstrucción en el sistema arterial.

— *En casos así es mejor retirar los miembros afectados*— aseguró el médico con la actitud impasible de quien está acostumbrado a manejar situaciones similares.

— *Pero, ¿sabe lo que implica una amputación?* — preguntó Rosa, revelando angustia.

La situación era grave y traumática. Traería problemas a su hogar. Al fin y al cabo, la responsabilidad de atender a dos nietos adolescentes cuyos padres murieron en un accidente de tránsito, recaía sobre sus hombros.

— *Será el fin de todo*— prosiguió-. El médico pareció entenderle, pero la situación escapaba a sus manos.

— *La ciencia no puede hacer más, señora*— concluyó lacónico mientras volvía la mirada a las radiografías que tenía en el escritorio.

Rosa no se resignó. Todo estaba en contra. Era tanto como nadar en el sentido contrario en un río corrientoso. Rescató una vieja Biblia que amenazaba con ser devorada por los bichos en un baúl en el que compartía espacio con revistas y periódicos de tiempos idos. Comenzó a leerla. No lo hizo con desgano sino con avidez, como alguien que aprecia la única tabla – perdida en el mar infinito— que puede salvarle del naufragio.

En los evangelios encontró un versículo que subrayó: “*Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo le es posible*” (Marcos 9:23). Meditó: “*¿Podrá Dios sanarme?*”. Inmediatamente razonó: El texto decía que no había límites. Volvió a leer: “*...al que cree, todo le es posible*”.

Quien se resigna a las circunstancias que está viviendo, literalmente desconoce que hemos creído en un Dios de poder. Nada impide que, si nos movemos en Su voluntad, Dios modifique las circunstancias y hará posible lo que –humanamente— resulta imposible. ¡Nuestro Dios es un Dios de milagros!

5. PERSEVERE EN ORACIÓN

Rosa comenzó a orar. Al principio sintió desánimo al pensar que nada ocurriría, pero escudriñando las Escrituras encontró nuevas luces sobre la necesidad e importancia de clamar. Las encontró en el evangelio de Lucas al relatar una enseñanza del Señor Jesús: “*...les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar...*” (Lucas 18:1).

Comenzar este proceso de perseverancia en el clamor no fue fácil. Estaba en medio de la presión de sus familiares que la instaban a aceptar la intervención quirúrgica. Pero la mujer argumentaba que Dios respondería, aunque en apariencia estaba empeorando.

Tres semanas después se advertían pequeños cambios. El dolor no era intenso como antes y el color de la piel comenzó a aclarar.

6. RECONOZCA QUE NO HAY IMPOSIBLES PARA DIOS

Rosa asiste hoy a una congregación cristiana al norte de Managua. Nadie imagina siquiera que su extremidad izquierda estuvo a las puertas de ser extirpada. Ella atribuye su experiencia a un milagro de Dios.

El hecho evidenciado en esta campesina nicaragüense puede replicarse en su vida si padece alguna enfermedad que los médicos han identificado como “*incurable*”. La Biblia dice que “...*nada hay imposible para Dios*” (*Lucas 1:37*). Bajo este convencimiento, le invitamos a clamar a Dios en oración. No olvide que para El no existen los límites. Su poder no lo alcanzamos a dimensionar. ¡Es hora de que pida ese milagro! El Señor responderá...

Tenga presente, en todo momento, que el Dios en el que depositamos nuestra confianza no tiene límites ni tampoco, permite que nada le limite. Basta creer, movernos en fe y perseverar. ¡Dios sabe cómo cambiar las circunstancias!

7. DECÍDASE A CREER

La enorme diferencia entre quienes reciben milagros y quienes simplemente ven pasar la vida en medio de la desilusión, la determina una decisión... La decisión de no permitir que la adversidad, las enfermedades o los problemas nos gobiernen; la decisión de creer en un poder sobrenatural, que proviene de Dios, y que cambia todas las cosas.

Nadie tomará esa decisión por usted. Nadie más que nosotros tomamos esa determinación, porque Dios mismo jamás nos obligará a creer.

Desconozco cuál sea su situación, pero lo que sí puedo asegurarle es que el Señor podrá cambiar las circunstancias y hará posible lo imposible. Nuestro Dios es un Dios de milagros...

EJERCICIOS PARA REFORZAR LOS CONOCIMIENTOS

Todo proceso de aprendizaje se refuerza con la revisión de los apuntes personales, pero, también, repasando principios que nos ayudarán a tener una mejor fundamentación. En ese orden de ideas le animamos a desarrollar los siguientes ejercicios:

1.- ¿Qué nos enseña el Salmos 22:24 respecto a la oración de quien está afligido?

2.- ¿Por qué razón debemos depositar nuestra fe en Dios? Lea Salmos 146:5

3.- ¿Por qué reviste importancia eliminar toda sombra de duda en nuestra vida? (Marcos 9:23)

4.- ¿Qué importancia ocupa la perseverancia en nuestras oraciones? (Lucas 18:1)

5.- ¿Qué nos enseñan las Escrituras, especialmente Lucas 1:37, ¿respecto a lo que Dios puede o no puede hacer?

7.- ¿Qué nos impide dar pasos concretos y firmes hacia la materialización de los milagros como respuesta a nuestras oraciones?

¿Qué papel juega la oración en los milagros? (Lección 5)

La historia era demasiado simple; tanto que nadie medía el dolor que había arrastrado desde niño. Reía, lloraba y canturreaba. Todo de acuerdo con su estado de ánimo. Una persona normal, en circunstancias normales, en una ciudad normal. Sin embargo, no era feliz.

Se cansó de recorrer las mismas distancias entre la cama, la mesita de la habitación y una estancia más grande, de barro apretado y cal, que hacía las veces la sala de estar. Parecía estar condenado a lo mismo. Era ciego.

De niño su madre le describía el hermoso mundo que le rodeaba. Anhelaba poder apreciarlo, pero debía resignarse a imaginar el rostro de chicos que— igual que él— reían mientras jugaban en la calle polvorienta del abigarrado conjunto de casas donde vivía.

Las sombras se convirtieron en su vida diaria. Nunca sabía cuando la luz del sol bañaba con intensidad el caserío ni el momento en que las sombras de la noche cobijaban todo alrededor.

El curso de su historia cambió. Fue el día menos previsto. Le hablaron del Señor Jesús. Todos hablaban maravillas de él. Unos decían que era profeta, otros que Elías y muy pocos se atrevían a insinuar que era el Hijo de Dios. Salió a la calle. El murmullo de los curiosos lo atraía. Y aunque no pudiera verlo, aguzó su oído para percatarse de todo cuanto ocurría. “*Ahí viene... ahí viene*”, gritaron unas mujeres.

“A su paso, Jesús vio a un hombre que era ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: — Rabí, para que este hombre haya nacido ciego, ¿quién pecó, él o sus padres? —. — Ni él pecó, ni sus padres— respondió Jesús —, sino que esto sucedió para que la obra de Dios se hiciera evidente en su vida. Dicho esto escupió en el suelo, hizo barro con la saliva y se lo untó en los ojos al ciego, diciéndole: — Ve y lávate en el estanque de Siloé (que significa: Enviado). El ciego fue se lavó, y al volver ya veía” (Juan 9:1-8. Nueva Versión Internacional).

El Maestro, aquél de quien tanto hablaban, hizo algo que él mismo no esperaba. Pero fue grandioso. Lo más grande que jamás le pudo ocurrir. Dios hizo un milagro. Lo sanó. Le permitió emprender una nueva vida...

¿POR QUÉ UN MILAGRO?

Dios obra milagros en aquellos que lo piden. El ciego anhelaba en su corazón ver. El amado Señor lo sabía. Él conoce nuestros pensamientos. Cuando le vio junto al camino, obró en su ser. Hizo aquello que para los médicos de la época y aún en nuestro tiempo es imposible: devolver la vista.

Cuando ocurre algo trágico en la vida de alguien, el camino que muchos toman se orienta en dos direcciones: la primera, culpar a Dios, la segunda, atribuir a un pecado las situaciones fortuitas que le acontecen.

El Señor Jesús fue claro al señalar que muchos incidentes, sin aparente explicación, conducen es a que Dios sea glorificado: “— *Ni él pecó, ni sus padres— respondió Jesús — , sino que esto sucedió para que la obra de Dios se hiciera evidente en su vida*”.

¿Enfrenta una situación difícil? ¿Alguna enfermedad considerada por la ciencia como incurable golpea su cuerpo? ¿Considera que no hay salida a su problema? Permítame decirle algo: Está diametralmente equivocado. El Dios en el que usted y yo hemos creído es un Dios de milagros. Él quiere manifestarse en su existencia.

EN DÓNDE COMIENZA UN MILAGRO

Los seres humanos estamos acostumbrados a explicarlo todo a la luz de la lógica. Si algo no encaja en nuestro presupuesto mental, sencillamente no lo aceptamos. Levantamos alrededor una enorme barrera que impide el mover del Señor.

— *Hasta no ve, no creer* — , solía repetir una mujer que— tiempo después — , debió rendirse a Dios — : Su hija estaba sumida en las drogas. En medio de la desesperación entregó el problema en manos de Dios. “*No sabía qué más hacer, pero encontré que Dios podía ofrecerme una salida. Clamé a Él y Él me escuchó.* —

Sus oraciones se hicieron intensas, perseverantes. Y el Señor honró su fe. Antes de tres meses la chica abandonó sus antiguas amistades y decidió emprender una nueva vida. Estuvo varias semanas en un Centro de Rehabilitación para Adictos, pero sin duda lo que más ayudó, fue su dependencia del Señor Jesús.

¿Dónde comienza un milagro? Un milagro comienza con la fe y se alimenta con las oraciones de quienes creen que el Señor puede cambiar las circunstancias. Allí es donde comienza el milagro.

DIOS SE GLORIFICA CON LOS MILAGROS

Cuando algo literalmente “*imposible*” se produce en la vida de alguien, Dios es glorificado. Volvamos al caso del invidente sanado por el Señor Jesús.

“*Sus vecinos y los que lo habían visto pedir limosna decían:>>No es éste el que se sienta a mendigar?>> Unos aseguraban:<<Si, es él>>. Otros decían:>>No es él, sino que se le parece>>. Pero él insistía: <>. — ¿Cómo entonces se te han abierto los ojos? — le preguntaron. —Ese hombre que se llama Jesús hizo un poco de barro, me lo untó en los ojos y me dijo:”Ve y lávate en Siloé”. Así que fui, me lavé, y entonces pude ver.” (Juan 9: 8-11. Nueva Versión Internacional).*

Si me lo permite, podría graficarlo de la siguiente manera: nuestro amado Padre se complace obrando milagros. Sí, aunque suene muy “*novelesco*”. Es un Dios de amor, que sabe de nuestro sufrimiento y que libera su poder cuando lo pedimos en oración.

El Señor Jesús pudo seguir de largo, sin embargo, no lo hizo; se detuvo, llamó al ciego y lo sanó. Él sabía el profundo anhelo que tenía de su obrar milagroso. Y lo hizo.

PARA USTED TAMBIÉN SON LOS MILAGROS

A diferencia de quienes consideran que el tiempo de los milagros ya pasó, estoy convencido por las Escrituras, que “*Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos*” (*Hebreos 13:8*).

Él desea manifestarse con poder en su vida. Hoy mismo. Ahora. ¿Qué hacer? Ir al padre en oración. Pídale aquello que necesita. Deseche toda duda y afírmese en el convencimiento de que, si está en la voluntad de Dios, aquella petición será atendida. ¡El Todopoderoso responderá!

No olvide que los milagros comienzan con la fe y se alimentan con la oración. Si creemos aquello en lo que creemos, ocurrirá. Pero es necesario perseverar en oración. Los milagros ocurrirán. Dios manifestará su poder.

EJERCICIOS PARA REFORZAR LOS CONOCIMIENTOS

Todo proceso de aprendizaje se refuerza con la revisión de los apuntes personales, pero, también, repasando principios que nos ayudarán a tener una mejor fundamentación. En ese orden de ideas le animamos a desarrollar los siguientes ejercicios:

1. ¿Podría compartirnos su apreciación sobre las extrañas formas que Dios tiene para obrar? (Juan 9:1-8)

2. ¿Ha pensado que Dios no siempre obra como nosotros creemos que debería hacerlo, ya que Él tiene su propio tiempo y sus métodos muy particulares?

3. ¿Siente que Dios no escucha sus oraciones en el momento que más lo necesita?

-
4. ¿Reconoce que desesperarse al no ver la respuesta inmediatamente es producto de no perseverar en oración?

5. ¿Podría describir— de acuerdo con la Biblia— cómo comienza un milagro?

6. ¿Por qué razón podemos afirmar que, en respuesta a nuestras oraciones, Dios sigue obrando milagros hoy? (Hebreos 13:8)

La oración para enfrentar los enemigos (Lección 6)

¿Le ha ocurrido alguna vez que se quedó hasta la madrugada leyendo un buen libro o quizá viendo un programa de televisión? Sin duda que sí. Es más, recuerde el incidente: Usted sólo se enteró que estaba tarde cuando miró el reloj. Al principio creyó que era un error. Miró de nuevo y, tras corroborarlo, comprobó que pasaba de la una de la mañana. *¿En qué momento se fue todo este tiempo?*, se pregunta usted...

Ahora cambiemos el escenario: Se dispone a orar. No son aún las nueve de la noche, acaba de leer algunos pasajes de la Biblia y decide doblar rodillas ante la Presencia del Señor. Deja todo debidamente organizado y comienza a hablar con Dios. ¿Qué ha ocurrido? Lo más probable es que no hayan pasado unos cuantos minutos y ya tendrá un profundo sueño.

— *No puedo orar en la noche porque me vence el adormecimiento* —, me refería un amigo pastor; no obstante, cuando estaba preparando un sermón, podía estar horas y horas leyendo las Escrituras y consultando material, antes que sintiera siquiera un asomo de cansancio.

¿A qué se debe esto? A un enemigo que tenemos en común usted y yo, que no desea que nos dispongamos a orar. Me refiero a Satanás.

El apóstol Pablo que sabía de sus acechanzas, escribió:

“Pues no luchamos contra enemigos de carne y hueso, sino contra gobernadores malignos y autoridades del mundo invisible, contra fuerzas poderosas de este mundo tenebroso y contra espíritus malignos de los lugares celestiales.” (Efesios 6:12. NTV)

Si hay algo que preocupa enormemente al adversario espiritual es que nos dispongamos a entrar en el “*lugar secreto*”. Él sabe que de rodillas peligrosos para el reino de las tinieblas. Orando tenemos el poder que conmueve el universo, porque quien responde es el Dios de poder.

Como sin duda la oración es uno de los temas que le apasiona o al menos, está comenzando a conocer, es esencial que usted conozca y tenga presente que al hacerlo— entrar ante el Altar de Dios—, enfrentará oposición.

El autor y conferencista internacional, Charles Stanley, escribió:

“Los cristianos estamos en una lucha espiritual. La única vez que Satanás se preocupa por nosotros es cuando entramos en esa lucha. Ninguna cosa que hagamos es una gran amenaza para él. Satanás sabe que la verdadera lucha espiritual se libra de rodillas. La oración es el arma que más teme, por lo tanto, es contra la oración que él lanza su mayor ataque. Es de rodillas como se hace el mayor bien, y es de rodillas como enfrentamos los mayores ataques.” (Charles Stanley. “Trátelo con oración”. Editorial Vida. EE.UU. 1996. Pg. 26)

Dado que nuestro enemigo se opone a que nos dispongamos para orar, enfrentamos adormecimiento y falta de concentración.

— *Cuando me arrodillo a orar, he sentido cerca una presencia tenebrosa; no sé qué ocurre, pero a veces prefiero levantarme del lugar donde me encuentro e ir a ver televisión. Todo temor cesa de inmediato* — , me relató el líder de jóvenes de una congregación a la que recientemente fui a dar una conferencia. ¡No hay duda que el enemigo sabe cómo engañar y lanzar sus ataques!

PÓNGASE LA ARMADURA PARA ORAR

Generalmente pensamos que nos ponemos la armadura de la que habla el apóstol Pablo en Efesios 6:13-17 cuando hacemos guerra espiritual. Asociamos eventos en los que endemoniados ruedan por el suelo, arrojan saliva y hablan con tono gutural. ¡Tremendo equívoco! Cuando nos disponemos a orar, también libramos una batalla y no podemos permitir que el enemigo nos saque de la Presencia de gloria en la que entramos al hablar con Dios.

El autor y conferencista, Charles Stanley, señaló que *“El apóstol Pablo sabía es mucho más que acudir de prisa a Dios y presentar algunas de nuestras peticiones. Él la veía como una lucha y nosotros también debemos verla así. Es en la oración donde se ganan o se pierden las batallas. Por tanto, es indispensable que aprendamos a orar.”* (Charles Stanley. *“Trátelo con oración”*. Editorial Vida. EE.UU. 1996. Pg. 27)

Tenga siempre presente que el orar es entrar en una lucha espiritual. Por supuesto, es la entrada a la Presencia del Padre celestial, pero a la vez, constituye un enorme reto al enemigo espiritual que procurará atacar dos pilares de nuestra vida cristiana: la fe, y entrar en la Presencia.

El apóstol Pablo, que conocía esas enormes batallas porque era un hombre comprometido con la oración, escribe:

“No quiero decir que ya haya logrado estas cosas ni que ya haya alcanzado la perfección; pero sigo adelante a fin de hacer mía esa perfección para la cual Cristo Jesús primeramente me hizo suyo. No, amados hermanos, no lo he logrado, pero me concentro únicamente en esto: olvido el pasado y fijo la mirada en lo que tengo por delante, y así avanzo hasta llegar al final de la carrera para recibir el premio celestial al cual Dios nos llama por medio de Cristo Jesús.” (Filipenses 3:12-14. NTV)

Es cierto, venían dificultades, pero él perseveraba en Dios. Reconocía el valor de la perseverancia cuando estamos en oración. No solo era parte de vivenciar a Cristo, dejando el pasado en el pasado, sino el de seguir adelante, perseverando, en sus tiempos de oración.

ORAR CON PODER Y AUTORIDAD

Es evidente que, al orar, no solo enfrentaremos oposición— para la que debemos estar preparados— sino que debemos orar con autoridad, conscientes del poder de Dios que se mueve dentro de nosotros, que obra lo que humanamente resulta imposible.

Cuando experimentemos ataques espirituales, lo que hacemos es reprender al enemigo con autoridad y seguir orando. Recuerde que, al orar, también conmovemos los cimientos del mundo espiritual de maldad. La clave, entonces, es ejercer autoridad de Cristo y perseverar.

Tengo algunas recomendaciones que comparto con usted: La primera, que se vista con la armadura espiritual cuando vaya a orar; la segunda, que se revista de fe y autoridad; la tercera, que se presente ante Dios con corazón limpio; la cuarta, que su vida de oración esté rodeada de obediencia al Padre celestial (el enemigo tratará de utilizar el pecado para alejarlo del Señor); la quinta, que tenga motivos puros, sin egoísmo, al orar, y se sexta, que persevere.

Entrar en la Escuela de Oración es una experiencia maravillosa. Todos podemos hacerlo. Basta que dispongamos nuestro corazón y nos rindamos a Dios.

EJERCICIOS PARA REFORZAR LOS CONOCIMIENTOS

Todo proceso de aprendizaje se refuerza con la revisión de los apuntes personales, pero, también, repasando principios que nos ayudarán a tener una mejor fundamentación. En ese orden de ideas le animamos a desarrollar los siguientes ejercicios:

1. ¿Le ha ocurrido alguna vez que sus oraciones fueron estorbadas por el enemigo espiritual?

2. Cuando leemos Efesios 6:12, ¿de qué manera podemos aplicarlo a nuestra vida de oración?

3. ¿Conocía el apóstol Pablo los ataques que sufre un creyente cuando ora a Dios?

4. Cuando vamos al lugar secreto, ¿a qué nos estamos refiriendo?

5. ¿Qué dice el autor Charles Stanley respecto a la oposición que enfrentamos al orar?

6. ¿Qué relación hay entre la oración y la perseverancia de acuerdo con Filipenses 3:12-14?

7. ¿Podría enumerar las seis recomendaciones que se formulan y que se deben tener en cuenta cuando nos disponemos a orar?

Cruzando las fronteras de la fe (Lección 7)

“*Los dos cieguitos del camino*”. Eran la referencia de todos cada mañana, al mediodía o cuando amenazaba lluvia: “*Pobrecitos, quizá se van a mojar*”. Incluso alguien recordaba de las maldades de los chicos, al esconder su manta o las sandalias de los dos pobres hombres a los que les unió un denominador común: la imposibilidad de ver.

Cierto día escucharon que Jesús se acercaba a la ciudad. “*Es un milagrero*”, dijo uno. “*Dicen que es el Mesías*”, comentó el otro. Y esas palabras que intercambiaron, alimentaron la esperanza de poder dejar de lado las sombras de la ceguera. “*¿Y qué si le pedimos que nos de la vista? Nada perdonemos. Nadie nos ha podido ayudar y sin duda, no podrán hacerlo. Quizá aquel hombre pueda hacerlo*”, concluyó uno de ellos incorporándose del suelo y animando a su compañero para ir en búsqueda de Aquél de quien tanto se hablaba en las calles y en los caminos.

El registro Escritural señala que lo encontraron: “*Pasando Jesús de allí, le siguieron dos ciegos, dando voces y diciendo: ¡Ten misericordia de nosotros, Hijo de David!*” (Mateo 9:27)

Por favor, le invito para que lea de nuevo el pasaje. Hágalo exento de cualquier prejuicio. Allí encontrará el primer paso para que pasemos del territorio de lo *imposible* — nuestra dimensión física en la que humanamente no podemos hacer nada— al territorio de lo *posible*, en la dimensión espiritual y de poder donde habita Dios. Y es desde esa dimensión, desde lo espiritual, que el Señor responde y trae los milagros a nuestra dimensión material.

¿Cómo podemos lograrlo? Le invito que consideremos algunos pasos que resultarán altamente eficaces en el proceso de ver materializados milagros en nuestra vida:

1.- SEGUIR A JESÚS

¿Ha cruzado la frontera entre un país y otro? Generalmente está determinada por unas coordenadas y aun cuando no hay una línea pintada con brocha, usted sabe que, al dar un paso, estará en otra Nación, con otras leyes y una dinámica totalmente distinta de aquél territorio del cual usted proviene.

Los dos invidentes de la historia dieron el paso inicial para cruzar la frontera: *Siguieron a Jesús*. Fueron tras Él. Es cierto, muchos les decían que era imposible, que no perturbaran al Maestro, que se hicieran a un lado, que se resignaran a seguir viviendo de las limosnas. Pero en los dos hombres había renacido la esperanza e iban por un milagro.

Desconozco cuál sea su situación, pero lo que sí sé es que, clamando a Dios, podrá ver de qué manera lo imposible se hace posible. Oración con perseverancia, convencimiento, decisión. Deseche las voces de los incrédulos que siempre encontrará a su paso. Usted fue concebido para un milagro.

Ahora, comprendo que no es fácil **creer** en medio de una sociedad **incrédula**. Es una decisión que sólo nosotros podemos tomar, aun cuando haya oposición. Las personas a nuestro alrededor no tienen ni están obligados a compartir nuestras convicciones de fe.

Le invito a considerar lo que enseña el autor y conferencista norteamericano, John Piper:

“A pesar de lo mucho que nos gustaría, no tenemos el lujo de vivir en un mundo donde las verdades más edificantes no encuentran ninguna oposición. Si pensamos que podemos evitar todo lo que es controversial y alimentar nuestras almas sólo con lo que resulta edificante, estamos siendo muy optimistas. La razón por la cual muchos de nosotros creemos que podemos confiar es que no conocemos bien nuestra historia o las personas que profesan ser cristianas, pero no lo viven. Además, ¿en realidad querríamos entregarle al diablo el derecho de determinar nuestro derrotero espiritual, rehusando alimentarnos con las enseñanzas que resultan conflictivas en nuestra sociedad?” (John Piper. “Los deleites de Dios”. Libros Compartir. EE.UU. 1999. Pg. 189, 190)

Insisto, creer en medio de una sociedad que no cree, siempre será controversial. No obstante, debemos seguir adelante. No nos podemos detener. En Dios tenemos asegurada la victoria, porque Él responde a nuestra fe con milagros que rebasan toda lógica.

2.- LA PERSEVERANCIA

Cuando oramos no podemos darnos por vencidos fácilmente. Orar está íntimamente ligado a la **perseverancia**. “Sólo quien persevera alcanza”, solemos repetir en Latinoamérica, y ese refrán aplica a nuestra vida devocional y de oración.

¿Recuerda a los dos invidentes tras Jesús? Marcharon con el Señor todo el camino. Si fueron cuerdas o kilómetros, el texto no lo dice. Lo que sí revela es que, durante el trayecto, el milagro no ocurrió. Y los dos hombres perseveraron.

El evangelista Mateo relata que: “Y llegado a la casa, vinieron a él los ciegos; y Jesús les dijo: ¿Creéis que puedo hacer esto? Ellos dijeron: Sí, Señor.” (Mateo 9:28)

No se dieron por vencidos. En tanto clamaban por el camino, como suele ocurrir cuando oramos, su fe se alimentó. Creer, perseverar, ver los milagros. No se dieron por vencidos. Cuando el Maestro llegó al hogar donde se alojaría, le pidieron el milagro.

3.- QUE SU FE MARQUE LA DIFERENCIA

Una cosa es **oír** que Jesús obrara milagros— como ocurrió con estos dos hombres que experimentaban la invidencia— y otra bien distinta, **ser testigos** de los milagros de Dios. Por esa razón cuando el Señor Jesús les preguntó si **creían** que podía obrar un milagro, dieron un paso de fe gigantesco— cruzaron la frontera, marcaron la diferencia— y respondieron que sí.

Es probable que hasta el momento no haya encontrado respuesta a su clamor, pero no se desanime. Siga orando. En la Escuela de la Oración aprendemos que creer es lo que marca la diferencia para que nuestras oraciones tengan eco en la Presencia del Dios de poder en el que hemos creído.

4.- VEA POSIBLELO IMPOSIBLE

Para nuestro amado Dios y Padre celestial obrar un milagro en muy sencillo. Él no tiene nuestras limitaciones. Por ese motivo, veremos grandes portentos en la medida en que podamos cruzar la frontera del *racionalismo*, esa inclinación a explicarlo todo a partir de la lógica.

Cuando vamos al texto encontramos que “*Entonces les tocó los ojos, diciendo: Conforme a vuestra fe os sea hecho. Y los ojos de ellos fueron abiertos.*” (Mateo 9:29, 30)

Todos tenemos un grado de fe, y sin duda, los dos hombres tenían su propio *grado de fe*. Eso fue lo que llevó a que el Señor Jesús les dijera que se produjera el milagro conforme a lo que creían.

Orar es un proceso que inicia cuando estamos convencidos que nuestras palabras no se las llevará el viento. Saber que del otro lado *Dios nos escucha*. Es la forma como crece nuestra fe. Y en estos invidentes su fe había subido de nivel. Sirva la ocasión para preguntarle, *¿cómo anda su grado de fe?*

EJERCICIOS PARA REFORZAR LOS CONOCIMIENTOS

Todo proceso de aprendizaje se refuerza con la revisión de los apuntes personales, pero, también, repasando principios que nos ayudarán a tener una mejor fundamentación. En ese orden de ideas le animamos a desarrollar los siguientes ejercicios:

1.- ¿Qué podemos aprender en el suceso de los dos invidentes?

2.- ¿Por qué podemos pensar que su fe creció?

3.- ¿Qué elementos fueron esenciales para que el proceso del milagro se produjera?

4.- ¿Cuál es el papel que juega la perseverancia en la oración?

5.- ¿Por qué decimos que, si oramos, partimos de una premisa que es *creer*?

6.- ¿Cómo anda su grado de fe?

7.- ¿Está orando hoy por un milagro y tiene el convencimiento que Dios responderá?

Perseverar en oración, clave para los milagros (Lección 8)

Cuando a su hijo le diagnosticaron cáncer, Armando pensó que era injusto. Al fin y al cabo, eran fieles al Señor, buscaban hacer su voluntad e incluso, el chico –de apenas catorce años– formaba parte del coro de la congregación. “*Esto no puede estar ocurriéndole a nuestra familia*” se repetía una y otra vez, mientras se pasaba la mano por el rostro y recorría el consultorio médico de un extremo a otro.

—*Y definitivamente ¿No hay nada que hacer?*—preguntó con ansiedad.

—*Me temo que no, Armando*— le dijo el facultativo mientras le daba dos palmadas en el hombro, como señal de solidaridad—. *Comprendo tu desesperación, pero es necesario resignarse*— prosiguió.

Aquella tarde se tornó insoportable. Estaba desesperado. Fue al templo. ¿Qué más podía hacer? La ciencia no encontraba una salida. Y él, como creyente, no podía darse por vencido. En momentos de crisis como aquél, la clave era perseverar. Dobló sus rodillas y comenzó a orar. Lo hizo con insistencia. Una y otra vez. Incluso, varias ocasiones cada día.

Samuel, —el adolescente— parecía agravarse. El deterioro físico era evidente. Cada día estaba más demacrado. Pero, aun así, Armando no dejaba de clamar. Lo hacía con persistencia.

Otros exámenes despertaron inquietud en los especialistas. Ordenaron nuevos diagnósticos. Inexplicablemente la enfermedad experimentaba un retroceso. Poco a poco. ¡Dios estaba respondiendo a las oraciones!

Hoy Samuel está sano. Regresó a la congregación. Es un testimonio vivo del obrar divino en respuesta a las oraciones. ¿La clave? La perseverancia.

NO DESMAYE, PERSEVERE

Cuando comenzamos a orar en procura de un milagro, nos ocurren con frecuencia dos cosas. La primera, que esperamos resultados inmediatos. La segunda, que, al no apreciar la respuesta inmediata, experimentamos desánimo y abandonamos la oración.

Frente a cualquiera de estas dos actitudes, a un grupo de sus seguidores “... *les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre y no desmayar*” (Lucas 18:1).

El texto refiere dos principios de vida que cobran particular importancia hoy. El primero, la necesidad de orar siempre. En todo momento. Varias veces. El segundo principio, no desmayar. Uno y otro, están estrechamente ligados. La Biblia reafirma que la clave está en perseverar.

¿Un ejemplo? Héctor raya los cincuenta años de edad. Participaba en la tradicional “*Maratón Río Cali*” que convoca anualmente participantes de todos los países. Era por aquél entonces hujier en nuestra congregación.

De él aprendí una enorme lección. Siempre llegaba a la meta entre los primeros cuarenta. Tras dar la vuelta por la pista del Estadio Olímpico “*Pascual Guerrero*”, agitado y sudoroso, me dijo: “*Lo importante es comenzar la carrera y, terminarla. Esos son los verdaderos ganadores. Así no ocupen el primer lugar. Quienes renuncian en mitad de la competencia, se convierten en perdedores*”.

Conservo grabadas sus palabras. Ilustran el tema: perseverar las oraciones significa clamar así las circunstancias parezcan adversas.

LA RESPUESTA VENDRÁ

De acuerdo con la parábola, una viuda fue a un juez sin Dios ni ley. Procuraba que le hicieran justicia. Ella iba a su despacho una y otra vez. Lo hizo con perseverancia. Hasta que el magistrado, cansado de la situación, decidió atender su requerimiento.

“*Y dijo el Señor: Oíd lo que dijo el juez injusto. ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia*” (Lucas 18:6-8 a).

El Señor Jesús resalta un hecho “...*que claman a él día y noche...*” Esta frase arroja una idea de constancia en procura de alcanzar un propósito, perseverando en oración.

La enseñanza concluye con un interrogante. “*Pero cuando venga el Hijo del Hombre ¿Hallará fe en la tierra?*” (v. 8 b).

Y USTED ¿QUÉ DISPOSICIÓN TIENE?

Es evidente que, quien no persevera, no alcanza. Es un principio que no podemos olvidar.

En las circunstancias por las que atraviesa ¿Cuál es su disposición? Tal vez darse por vencido, o perseverar en oración. O quizá insistir en el clamor, con la certeza de que la respuesta del Señor vendrá.

Una característica del cristiano es la fe. Y fe no es otra cosa que llamar “...*las cosas que no son, como si fueran*” (Romanos 4:17 b).

Le instamos para que no renuncie. Siga adelante. No cese de orar. Avance en pasos de fe, por encima de las circunstancias.

Si desea que le acompañemos a clamar en procura de un milagro que requiere, escríbanos ahora mismo.

EJERCICIOS PARA REFORZAR LOS CONOCIMIENTOS

Todo proceso de aprendizaje se refuerza con la revisión de los apuntes personales, pero, también, repasando principios que nos ayudarán a tener una mejor fundamentación. En ese orden de ideas le animamos a desarrollar los siguientes ejercicios:

1. ¿Es usted de las personas que perseveran o por el contrario se dan por vencidos cuando no hay respuesta a sus oraciones?

2. ¿Aplica en su vida el llamamiento del Señor Jesús a perseverar en oración (Cf. Lucas 18:1)?

3. ¿Tiene convencimiento en su corazón de que los milagros se producirán si clamamos (Cf. Lucas 18:6 a)?

4. ¿Reconoce el alcance de la pregunta del Señor Jesús respecto de si hallaría fe al volver (Cf. Lucas 18:6 b)?

5. ¿Está aplicando en su vida el principio de declarar las cosas que no son como si fueran (Cf. Romanos 4:17)?

6. ¿Reconoce que aquellos que perseveran en oración reciben milagros?

7. ¿Está orando hoy por un milagro y tiene el convencimiento que Dios responderá?

Dos disciplinas valiosas: El ayuno y la oración (Lección 9)

Se ha encontrado alguna vez en una situación en la que— humanamente— no sabía qué decisión tomar? Es comparable a encontrarse en un camino que, sorprendentemente se bifurca y no hay cerca de nosotros que nos pueda indicar en qué dirección orientarnos. Todos alguna vez, en un momento específico, hemos experimentado esta incertidumbre. Lo grave del asunto es que, generalmente, siempre tomamos la decisión equivocada.

Nehemías, uno de los hombres de mayor significación en la historia de Israel, se encontraba sirviendo en la corte real —a muchos kilómetros de Jerusalén y bajo un gobierno distinto al de su país —, cuando recibió la noticia de que la capital de su Nación se encontraba en ruinas.

¿Qué hacer? ¿Cómo abordar al rey para asumir la tarea de reconstruir los muros? ¿Cuál sería la estrategia para derribar los obstáculos? ¿Cómo financiar un proyecto de dimensiones tan grandes?

Ante esta situación, tomó la mejor determinación: *“Cuando oí esto, me senté a llorar. De hecho, durante varios días estuve de duelo, ayuné y oré al Dios del cielo...”* (Nehemías 1:4. NTV)

Los momentos críticos de nuestra existencia debemos someterlos en manos de Dios, y orar porque Él nos oriente, llevándonos a tomar las decisiones apropiadas en el momento indicado.

Algo sobre lo que deseo llamar su atención es que la oración y el ayuno, en un hombre o mujer que se caracterizan por la búsqueda sincera de Dios, son herramientas fundamentales. ¿La razón?

El Señor Jesús nos llama a vivenciar una espiritualidad de compromiso y consagración y tal consagración la testimoniamos delante de Él cuando sometemos nuestra carne mediante el ayuno. Aquí es importante anotar que el ayuno y la oración nos acercan al Padre, a Su Presencia.

TRES TIPOS DE AYUNO

Nuestro Señor Jesucristo advirtió sobre la importancia de hacer ayuno, oración e incluso ofrendar, pero delante del Señor y no de los hombres para ser tenidos por muy espirituales:

“¡Tengan cuidado! No hagan sus buenas acciones en público para que los demás los admiren, porque perderán la recompensa de su Padre, que está en el cielo. Yo, Jesús, les digo la verdad, no recibirán otra recompensa más que esa.” (Mateo 6:1. NTV)

Ayunar no es únicamente sacrificio o abstinencia, sino un tiempo de búsqueda del Señor. No está bien que todos alrededor se enteren que estamos ayunando. Eso sería buscar la gloria de los hombres. El ayuno es uno de los pasos en la búsqueda de intimidad con el Señor, en el que sometamos los deseos de la carne a los deseos del Espíritu.

Cuando vamos a las Escrituras, encontramos específicamente, tres tipos o formas de ayunar:

- a.** Abstinencia de alimentos (Lucas 4:2)
- b.** Abstinencia de alimentos y de líquidos (Esdras 10:6)
- c.** Abstinencia de la relación sexual con la pareja, mediante mutuo consentimiento mientras buscan de Dios (1 Corintios 7:3-6)

Por favor, tenga en cuenta que ayunar— en cualquiera de sus variables— no debe ser mirado como un sacrificio sino como una forma de sometimiento a Dios. Cabe aquí tener en cuenta la apreciación del autor y conferencista internacional, Charles Stanley, quien señala:

“A lo largo de la Biblia Dios guió a su pueblo a ayudar y orar. Y cada vez que el pueblo ayunaba y oraba. Dios puso en acción su poder sobrenatural para hacer lo que fuera necesario con el fin de satisfacer sus necesidades. Ya fuera provisión de sabiduría o la derrota de un enemigo, Dios fue fiel en cumplir.” (Charles Stanley. “Trátelo con oración”. Editorial Vida. EEUU. 1996. Pg. 38)

Dios ha respondido, y sin duda, seguirá respondiendo a las oraciones de Su pueblo. Él reconoce cuando hay disposición de corazón para buscarle, disposición que testimoniamos con el ayuno.

¿CUÁLES SON NUESTRAS MOTIVACIONES PARA AYUNAR?

Si tomamos como base el hecho de que el ayuno encuentra complemento en la oración, y en muchos casos, en las ofrendas (Cf. Mateo 6:1-18), es fundamental que tengamos muy claro el por qué lo hacemos.

Hay quienes al ayunar buscan bajar kilos, lo que no es muy espiritual, como tampoco el hacerlo en la congregación incluso por encima del horario que se fijó inicialmente, para que todos aprecien nuestro alto grado de *espiritualidad*.

Le invito a considerar tres preguntas cuando vaya a dedicar tiempo a ayunar:

a. ¿Por qué voy a ayunar? La respuesta está en sus manos. ¿Procuró intimidad con Dios? ¿Estoy tras un milagro? ¿Lo hago por obligación o, por convicción? Póngase la mano en el pecho para ser muy honesto al responder.

b. ¿Estoy ayunando para guardar las apariencias de espiritualidad? Infinidad de personas son amigas de estar contándole a todos, que van a una jornada de ayuno. Esas expresiones de espiritualidad les ayudan a tener reconocimiento entre otros creyentes. No es, dicho de paso, lo mejor que deberían hacer. No honran a Dios, se están honrando así mismos.

c. El ayuno sin búsqueda de Dios no es otra cosa que aguantar hambre. Leí hace pocos días en una revista, que *el ayuno era recomendado para perder peso*. Inmediatamente pensé que las personas veían esta práctica espiritual más como una dieta que como un camino de búsqueda de intimidad con el Señor.

Cuando vamos a las Escrituras, encontramos registro sobre relatos de hombres de Dios quienes le buscaron en ayuno y oración en momentos específicos, muchos de los cuales demandaban respuestas del Señor a necesidades o crisis (Éxodo 34:28; Salmos 69:10; 2 Crónicas 20:3; Daniel 9:3; Lucas 4:1, 2; Hechos 13:2, 3)

Cito nuevamente al autor y conferencista internacional, Charles Stanley, cuando anota:

“Orar, dar y ayunar son actos personales de adoración, y por lo tanto, se debe hacer en secreto. Debemos hacerlo por amor a Dios, no porque anhelamos la alabanza del mundo. Si hacemos esas cosas por la alabanza del mundo, entonces esa es la única bendición que recibiremos.” (Charles Stanley. “Trátele con oración”. Editorial Vida. EEUU. 1996. Pg. 37)

No olvide que mediante el ayuno sometemos nuestros apetitos al Espíritu Santo. Ayunar nos permite entregar a Dios nuestros temores e incertidumbres y, además, hace posible encontrar respuesta divina a nuestros interrogantes e inquietudes (Nehemías 1:4)

DIOS RESPONDE AL AYUNO

Resulta interesante buscar los registros bíblicos cuando se alude al ayuno por parte de hombres y mujeres que procuraban conocer Su voluntad. El primero y más significativo hecho, es el tiempo que nuestro amado Salvador Jesucristo se apartó al desierto. Dice el Evangelio que nuestro Señor *“...fue tentado por el diablo durante cuarenta días. Jesús no comió nada en todo ese tiempo y comenzó a tener mucha hambre.” (Lucas 4:2. NTV)* El buscar del Padre celestial en ayuno y oración, fortaleció a Jesús nuestro Redentor, en esos momentos críticos.

También buscó el rostro del Supremo Hacedor, el escriba Esdras, en un momento crucial para Israel: *“Lego Esdras se retiró de la parte delantera del templo de Dios y fue a la habitación de Johanán, hijo de Eliasib. Pasó la noche allí sin comer ni beber nada. Seguía en duelo a causa de la infidelidad de los que habían regresado del destierro.” (Esdras 10:6. NTV)* ¡Dios no se hizo esperar, y respondió a ese tiempo especial de búsqueda!

Por último y en medio de los múltiples registros Escriturales que hay sobre el ayuno y la oración, me permito citar a los apóstoles. Procuraban la guía de Dios para contribuir a la extensión del Reino. *“Cierta día, mientras estos hombres adoraban al Señor y ayunaban, el Espíritu Santo dijo: «Consagren a Bernabé y a Saulo para el trabajo especial al cual los he llamado». Así que, después de pasar más tiempo en ayuno y oración, les impusieron las manos y los enviaron.” (Hechos 13:2, 3. NTV)*

Estoy firmemente convencido que, si en medio de una situación particular busca al Señor en ayuno y oración, encontrará respuestas. Es un camino especial, que toca el corazón de Dios porque nos humillamos en Su Presencia. Él nos lleva a nuevos niveles, cuando

procuramos respuesta a nuestros interrogantes, a un milagro que pedimos, a la necesidad de crecimiento personal y espiritual o cualquiera otra motivación de orden espiritual.

EJERCICIOS PARA REFORZAR LOS CONOCIMIENTOS

Todo proceso de aprendizaje se refuerza con la revisión de los apuntes personales, pero, también, repasando principios que nos ayudarán a tener una mejor fundamentación. En ese orden de ideas le animamos a desarrollar los siguientes ejercicios:

1. ¿Buscó al Señor en ayuno y oración en algún momento en el que no sabía qué decisión tomar? ¿Encontró respuesta en Dios?

2. ¿Qué hizo Nehemías apenas conoció la difícil situación por la que atravesaban sus compatriotas en Jerusalén (Nehemías 1:4)?

3. ¿Por qué podemos asegurar que ayunar es una forma de vivenciar una espiritualidad de compromiso y consagración y tal consagración?

4. ¿Cuáles son los tres tipos de ayuno que hallamos registrados en la Biblia (Lucas 4:2; Esdras 10:6; 1 Corintios 7:3-6)?

5. ¿Por qué el Señor Jesús recomendaba que no mostráramos públicamente esos tiempos de intimidad con Dios (Mateo 6:1)?

6. ¿Podría citar aspectos que le llamaron la atención respecto a la apreciación que tiene el reverendo Charles Stanley en torno al ayuno?

7. ¿Se ha preguntado cuáles son sus reales motivaciones al ayunar?

8. ¿Qué nos enseñan algunos pasajes bíblicos en torno al ayuno (Lucas 4:3; Esdras 10:6; Hechos 13;2,3)?

Oraciones elevadas, respuestas recibidas (Lección 10)

Cuando oramos a Dios, sin duda lo hacemos porque deseamos que **algo** ocurra. Esa motivación que nace en lo íntimo de nuestro ser es la razón por la cual millares de hombres y mujeres se acercan al Señor. Quieren que se produzca –en la dimensión física– un cambio que puede ser llevar a la dimensión de lo *posible*, aquello que humanamente resulta *imposible*.

Ahora, una pregunta que sin duda se formula es: ¿por qué hay algunas oraciones que no reciben respuesta?

Para despejar ese interrogante es esencial tener en cuenta que cuando nos movemos y obramos en fe, honramos a Dios. Si deseamos ver milagros, es necesario que en nuestro ser haya fe. Creer, romper toda lógica humana, ver posible lo que el mundo considera imposible.

El escritor bíblico lo expresa de la siguiente manera: *“De hecho, sin fe es imposible agradar a Dios. Todo el que desee acercarse a Dios debe creer que él existe y que él recompensa a los que lo buscan con sinceridad.”* (Hebreos 11:6)

Por favor, observe que, si procuramos que **algo** ocurra, debemos estar afincados en la fe, la convicción de que para nuestro amado Creador *no hay límites*.

No obstante, hay quienes todavía no tienen claro que la oración puede desencadenar cambios, como explica el afamado autor y conferencista, John Maxwell:

“Creo que las personas no dedican mucho tiempo a la oración porque tienen una falsa actitud en cuanto a ella. Algunos piensan que esto es algo que solo hacen las abuelas; o piensan en las sencillas oraciones que decían en su infancia, tales como: «Dios es grande. Dios es bueno. Demos gracias por nuestros alimentos. Amén», o «Ahora me acuesto a dormir...» Sin embargo, aun personas que tienen el genuino deseo de orar y han tratado de desarrollar una vida de oración, algunas veces tienen una idea equivocada en cuanto a ella. Piensan que para hacerlo tienen que aislarse por completo, arrodillarse, cerrar los ojos, juntar sus manos, etc. Toman consigo una lista de cosas por las cuales orar y la revisan metódicamente. Nada de eso es malo ni indebido, pero esa clase de vida de

oración mecánica puede llegar a ser muy tediosa. Para la mayoría de las personas después de orar durante cinco minutos, no tienen más nada que decir, se frustran y entonces se sienten culpables por no tener una mejor vida de oración. Por eso no nos extraña que haya tantos cristianos remisos a orar. Convirtieron la oración en algo formal, inflexible y muerto, lo que nunca fue la intención de ser. Cada vez que el mecanismo de la oración se interpone en nuestro amor hacia Dios, se convierte en un impedimento y no en una ayuda” (John Maxwell. “Compañeros de oración”. Editorial Caribe. EE.UU. 1998. Pg. 18)

Haga un alto en el camino y pregúntese: Cuando oramos, ¿estamos convencidos de que Dios responderá? Si es así, ¿qué impide que los milagros ocurran y que lo imposible se haga posible? ¿Acaso todavía no hemos aprendido a orar apropiadamente? Estos cuestionamientos son muy importantes, y a partir de un análisis honesto, nos arrojarán respuestas que nos permitirán aplicar correctivos a la apreciación que tenemos de la fe, o crecer en esa certeza de que, al orar, *algo* ocurrirá.

¿POR QUÉ SE DEMORAN O NO SE PRODUCEN RESPUESTAS?

Tenga claro que no siempre nuestras oraciones reciben respuesta, y ese hecho tiene una clara explicación, y está relacionada con la forma como pedimos. El apóstol Santiago explica que al orar al Señor “*Aun cuando se lo piden, tampoco lo reciben porque lo piden con malas intenciones: desean solamente lo que les dará placer.*” (Santiago 4:2, 3)

¿Comprende la magnitud del asunto? Probablemente estamos pidiendo un auto último modelo, no porque lo necesitamos, sino porque deseamos lucirnos ante las amistades. Por favor, no me malentienda: No está mal pedir cosas mejores a nuestro Padre celestial, no que no está bien es que lo hagamos para satisfacer nuestro ego.

Sobre esta base podemos concluir que Dios no responde a nuestras oraciones en parte, porque pedimos lo que *no nos conviene*.

Recuerdo la historia de un hermano en la fe que le pedía a Dios una moto de alto cilindraje para ir al trabajo. Oró por mucho tiempo, hasta que el Señor le proveyó el vehículo. Esa fue la última vez que lo vimos en la iglesia. La pregunta es: ¿Acaso pidió lo que no le convenía? Lo más probable es que sí. Y nuestro Supremo Hacedor, en su infinita sabiduría, sabe cuándo concedernos las cosas.

Demos mirar entonces la oración no como la *varita mágica* para que lo que deseamos ocurra, sino como el camino de acercamiento a Dios y, si en ese proceso de ir a Su presencia, pedimos algo, tener la certeza de que Él en su voluntad nos responderá con aquello que nos conviene.

Es esencial, entonces, redefinir el concepto de oración, como recomienda el autor y conferencista, John Maxwell:

“Si podemos cambiar nuestras actitudes hacia la oración, es decir, pensar en ella como un proceso que edifica nuestras relaciones con Dios, y cultivamos un período diario de oración, podemos llegar a ser personas fuertes en ella. Y la vida de oración que desarrollemos tiene el potencial de transformar completamente nuestras vidas.” (John Maxwell. “Compañeros de oración”. Editorial Caribe. EE.UU. 1998. Pg. 19)

El asunto no es buscar a Dios para exigirle sino para pedirle y disponernos a recibir lo que Él, en su infinito amor y sabiduría, quiera darnos. No *exigir*, insisto, sino *pedir*. Reconocer que Él en su infinito poder, sabrá cuando darnos o no darnos lo que pedimos. Recuérdelo siempre: Algunas veces Dios no responde a nuestras oraciones porque desea darnos algo mejor

ESPERAR EN DIOS NOS AYUDA A DESARROLLAR LA FE

La moratoria en la respuesta a nuestras oraciones nos ofrece dos caminos: el primero, darnos por vencidos y no seguir intentándolo; y el segundo: *perseverar* en clamor hasta que las respuestas se produzcan.

El apóstol Santiago nos enseña que las pruebas, antes que afectarnos, nos ayudan a crecer en la fe y en la esperanza. En su carta universal enseña:

“Amados hermanos, cuando tengan que enfrentar cualquier tipo de problemas, considérenlo como un tiempo para alegrarse mucho porque ustedes saben que, siempre que se pone a prueba la fe, la constancia tiene una oportunidad para desarrollarse.” (Santiago 1:2, 3. NTV)

Si leemos cuidadosamente el texto, entramos también a reconsiderar la perspectiva que podamos tener hoy sobre el por qué no responde Dios a nuestras oraciones. Podemos

reflexionar en la forma cómo pedimos y para qué pedimos, pero al mismo tiempo, considerar que, a través de esa aparente tardanza, podemos experimentar crecimiento en la fe.

¿QUÉ RECOMIENDA LA BIBLIA PARA RECIBIR RESPUESTAS?

Tal vez se estará preguntando: ¿Qué recomienda la Biblia en camino a recibir respuestas a las oraciones? Además de que es un muy buen interrogante, debemos comenzar la respuesta con la necesidad de desarrollar una vida de oración constante, totalmente dependiendo de Dios.

Tenga en cuenta que nadie nos enseñará a orar. Aprendemos a orar, orando, como escribe el evangelista, Luis Palau:

“...uno de los conceptos que solemos olvidar es que nadie puede enseñar a orar a otra persona. La oración es algo que yo tuve que aprender por mí mismo y que cada creyente tiene que aprender y practicar por sí mismo. Puedo compartir con usted promesas bíblicas, algunas de mis propias experiencias o experiencias de mis amigos, pero realmente no le puedo enseñar a orar. La oración es como la natación. Es algo que se hace en forma individual. Usted puede leer manuales sobre la oración, puede orar a otras personas y oír lo que esas personas dicen sobre las respuestas a sus oraciones, pero hasta que usted no empiece a orar no sabrá lo que en verdad es la oración. Para aprender a orar usted necesita empezar a orar. No demore un minuto más, si la oración todavía no es algo diario y emocionante en su vida. Se lo digo por experiencia.” (Luis Palau. “Cristo a las Naciones”. Editorial Unilit. EE.UU. 1988. Pgs. 198, 199)

Ahora, recordemos algunas pautas escriturales que nos llevan a recibir respuestas cuando oramos:

1.- Buenas relaciones familiares. Cuando hay conflictos con nuestro círculo familiar, pareciera que se levanta una enorme barrera, como podemos inferirlo de la enseñanza del apóstol Pedro: *“De la misma manera, ustedes maridos, tienen que honrar a sus esposas. Cada uno viva con su esposa y trátela con entendimiento. Ella podrá ser más débil, pero participa por igual del regalo de la nueva vida que Dios les ha dado. Trátela como es debido, para que nada estorbe las oraciones de ustedes.” (1 Pedro 3:7. NTV)*

Estar en conflicto puede desencadenar estorbo al clamor, aspecto sobre el que debemos meditar para aplicar correctivos de ser necesario.

2.- Perdonar a quienes nos causan daño. Mantener un corazón lleno de rencor constituye otra barrera para que nuestra relación con Dios, con nosotros mismos y con las demás personas sea plena. El Señor Jesús enfatizó en la necesidad de perdonar: *“Si perdonas a los que pecan contra ti, tu Padre celestial te perdonará a ti; pero si te niegas a perdonar a los demás, tu Padre no perdonará tus pecados.”* (Mateo 6:14, 15) Imagínese a alguien clamando a Dios mientras que odia a su cónyuge, a alguien en su familia o a una persona cercana.

3.- Nuestras peticiones deben glorificar a Dios. Todo cuanto pedía nuestro amado Salvador Jesucristo, procuraba que Dios fuera exaltado, como lo enseñó en su oración magistral en el Getsemaní: *“Yo te di la gloria aquí en la tierra, al terminar la obra que me encargaste.”* (Juan 17:4)

Esta pauta le llevará a reflexionar que quizá cuando usted ora por que algo ocurra, tal vez está buscando su propia gloria, que todos alrededor sepan que es súper-espiritual.

4.- Alejar toda sombra de duda. No podemos estar pidiendo a Dios un milagro y, por otra parte, estar gobernados por la duda, como enseñan las Escrituras: *“Cuando se la pidan, asegúrense de que su fe sea solamente en Dios, y no duden, porque una persona que duda tiene la lealtad dividida y es tan inestable como una ola del mar que el viento arrastra y empuja de un lado a otro. Esas personas no deberían esperar nada del Señor; su lealtad está dividida entre Dios y el mundo, y son inestables en todo lo que hacen.”* (Santiago 1:6-8)

La Palabra de Dios es muy clara cuando señala que tales personas, las que se dejan arrastrar por la incredulidad, deben esperar que se produzca un hecho portentoso. Sencillamente la duda levanta una enorme barrera en su vida espiritual.

5.- Confiar en las promesas de Dios. Si algo tenemos claro es que lo que anuncia nuestro amado Señor, lo cumple. Sobre ese fundamento, es necesario que aprendamos a desarrollar confianza en sus promesas. Son como una Escritura firmada en Notaría. Tienen toda la validez legal para que, posteriormente, hagamos las reclamaciones. Confiar en las promesas de Dios, he ahí el secreto.

6.- Dejar de lado toda motivación egoísta. Es fundamental que haya sensibilidad espiritual. Si alguien necesita algo, antes que cerrar los ojos a su realidad, debemos ayudarlo en el proceso de clamar. Acompañarlo en esa labor. El libro de los proverbios es claro cuando enseña: *“Los que tapan sus oídos al clamor del pobre tampoco recibirán ayuda cuando pasen necesidad.”* (Proverbios 21:13)

Concluimos con algunos fundamentos: Es necesario desarrollar intimidad con Dios en oración. A orar, aprendemos orando, y si procuramos que lo imposible se haga posible, debemos perseverar. Ese tiempo de espera nos ayuda a desarrollar la fe.

Le animamos a permanecer, como hasta hoy, afincados en la fe de que la oración transforma las circunstancias y es la puerta para que los milagros ocurran.

EJERCICIOS PARA REFORZAR LOS CONOCIMIENTOS

Todo proceso de aprendizaje se refuerza con la revisión de los apuntes personales, pero, también, repasando principios que nos ayudarán a tener una mejor fundamentación. En ese orden de ideas le animamos a desarrollar los siguientes ejercicios:

1.- ¿Cómo logramos desarrollar una relación íntima con Dios?

2.- ¿Qué nos enseña el evangelista Luis Palau respecto de cómo aprender a orar?

3.- ¿Qué dicen las Escrituras que debemos hacer cuando nos acercamos a Dios (*Hebreos 11:6*)?

4.- ¿Qué nos enseñan las Escrituras respecto a por qué no recibimos respuesta a las oraciones (Santiago 4:2, 3)?

5.- ¿Por qué enseña John Maxwell que debemos redefinir el concepto de oración?

6.- ¿Por qué razón la demora en recibir respuestas a nuestras oraciones puede llevarnos a madurar en la fe (Santiago 1:2, 3)?

7.- ¿Qué aprendemos de la oración que hizo el Señor Jesús (Juan 17:4)?

¡Es tiempo de orar! (Conclusión)

Resulta curioso, pero cuando conocí a Cristo como el Señor de mi vida, tenía el firme convencimiento de que el Evangelismo sería mi área fuerte. Por años lo creí. De hecho, dicté clases en el Seminario Bíblico en la asignatura de Evangelismo y Misiones, escribí abundante material y muchos de los mensajes que compartí, tenían ese enfoque.

Con el tiempo enfrenté la realidad del mundo de las tinieblas, y me di a la tarea de profundizar en lo que decían las Escrituras respecto a la Guerra Espiritual. Igual: Impartí conferencias— de hecho, aún lo hago —, escribí abundante material, respondí infinidad de cartas, pero conforme avanzaba, descubrí que muchos cristianos no eran efectivos en el proceso de permanecer en libertad espiritual. ¿La razón? Y ahí vino el gran descubrimiento: Pasaban poco tiempo en oración.

El material que tiene en sus manos y los otros que encontrará a disposición en la Internet y en formato impreso, son el fruto de la experiencia personal en el proceso de aprender a orar, que –valga la redundancia– se aprende, pero de rodillas.

Acompañado por ese deseo de pasar tiempo en la Presencia del Padre Dios, desarrollé una labor de investigación bíblica. Esa es la razón por la cual no hay afirmación que no esté respaldada por lo que dicen las Escrituras.

Fue entonces cuando la Guerra Espiritual fue más eficaz, y así pude comprobar que ocurría con los creyentes que entraban en la batalla.

El autor y conferencista internacional, Charles Stanley, escribió:

“Los cristianos estamos en una lucha espiritual. La única vez que Satanás se preocupa por nosotros es cuando entramos en esa lucha. Ninguna cosa que hagamos es una gran amenaza para él. Satanás sabe que la verdadera lucha espiritual se libra de rodillas. La oración es el arma que más teme, por lo tanto, es contra la oración que él lanza su mayor ataque. Es de rodillas como se hace el mayor bien, y es de rodillas como enfrentamos los mayores ataques.” (Charles Stanley. “Trátelo con oración”. Editorial Vida. EE.UU. 1996. Pg. 26)

Estoy seguro que usted también se identifica con el reverendo Stanley: Si hay algo que inquieta el enemigo espiritual es que oremos. El asunto es sencillo: él sabe que cuando oramos, entramos en la dimensión de Dios, el nivel donde hay poder espiritual para vencer cualquier obstáculo.

Dios responde a nuestras oraciones, nos concede lo que pedimos y hace posible lo imposible. Cito aquí nuevamente al autor y conferencista, Charles Stanley:

“...debemos recordar que la respuesta de Dios siempre es lo mejor de lo mejor para nosotros. Él que reclamemos un texto bíblico no hará que Dios cambie de planes, porque Su Palabra no puede contradecir su voluntad eterna. Si Él dice que no, entonces la respuesta es no, y debemos aceptarla con obediencia.” (Charles Stanley. “Trátelo con oración”. Editorial Vida. EE.UU. 1994. Pg. 12)

Estoy seguro que usted desea moverse en la dimensión del poder. Todos los que profesamos la fe cristiana lo ansiamos. La llave está en nuestras manos. Es posible cruzar el umbral hacia ese nivel de intimidad con Dios que deseamos: es la oración.

A orar se aprende orando y hoy es el día para comenzar esa maravillosa y enriquecedora experiencia espiritual. Puedo asegurarle que no se arrepentirá. Y su vida jamás volverá a ser la misma.

Lic. Fernando Alexis Jiménez – Lic. Teol.
Director - Instituto Bíblico Ministerial
Misión Edificando Familias Sólidas.